

LA PRUDENCIA "IMPRUDENTE"

(¿o "la imprudencia" prudente?).

*"Zunzún inasible de volar ligero
y ceiba robusta que no se deja talar:
así es la verdad del andar y del sendero
de la vida; tormenta en la que silban los vientos
más diversos; también éstos de los que no logramos
escapar."*

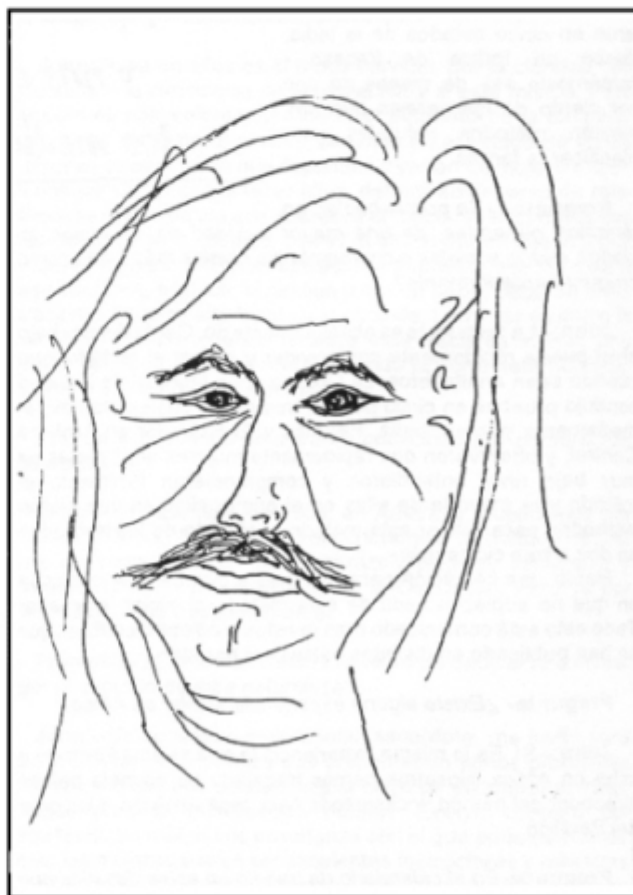
("De opacidades y transparencias"
24 de Marzo de 1990.)

El "Diccionario de Moral Cristiana", de Karl Hörman (Ed. Herder, Barcelona 1975), define la prudencia, virtud cardinal (del latín "cardo", vocablo con diversas acepciones: apoyo, soporte, quicio y también, en Cicerón, el punto principal o la dificultad central en algún asunto concreto), como "la propiedad o aptitud del hombre para encontrar lo moralmente recto en la situación concreta" (pag. 1082). Continúa el artículo de este autorizado diccionario católico desarrollando algunos aspectos relacionados con dicha virtud. P.e., las dificultades - y algunos medios recomendables para, en lo posible, superarlas - que se presentan en la obtención de un recto conocimiento de la situación y de una recta determinación de la conciencia; el valor y la necesidad de la prudencia que debería dirigir toda "buena voluntad"; quiénes faltan a la prudencia; las realidades con las que no se debería confundir la prudencia, etc., para concluir: "*La verdadera prudencia tiene presente toda la realidad, lo natural y lo sobrenatural, el tiempo y la eternidad... Penetra hasta los últimos contextos y así viene a ser sabiduría.*" Había subrayado antes el artículo que el juicio compete al *entendimiento* y, por ende, esta virtud podría ser calificada como intelectual; pero - nos hace ver también el artículo - la ejecución de lo conocido depende sustancialmente de la *voluntad*. De aquí que, *razonablemente, debe ser calificada también como virtud moral*, que juega su última carta en la mesa de la ética, no en la de la fría especulación del gabinete profesoral, ni -mucho menos- en la del distanciamiento burocrático o en el tablero del oportunista ambicioso que pronuncia las sentencias que (él lo sabe) desean escuchar los oídos que puedan colaborar al avanzamiento en su carrera (tal cual él la entiende y la desea).

Dicho con otras palabras y conociendo a estas alturas las imbricaciones que se dan en la persona entre el entendimiento, la voluntad y la efectividad más profunda, así como el peso de los condicionamientos genéticos (no suficientemente conocidos todavía por las ciencias contemporáneas), educacionales y los que se derivan del clima familiar y de las coyunturas culturales (en el sentido más globalizante de este calificativo), creo que nadie discutiría hoy que *el ser prudente, el obrar con prudencia*, es asunto muy complicado; es un menester en el que no todos los elementos resultan diáfanos, apodícticos, indiscutibles o contundentes.

PALABRA NUEVA 10

*"La verdadera prudencia...
penetra hasta los últimos
contextos y así
viene a ser
sabiduría."*



Ilustr. de Mons. Carlos M. de Céspedes

Bajo el capote de la prudencia -por supuesto, no sólo de la prudencia racional, sino y sobre todo de la prudencia evangélica, que no puede ignorar ni eludir la realidad humana integral, "el tiempo"- podemos querer imponernos o pretender imponer a otros decisiones o actitudes que, en puridad de verdad, al no tener en cuenta suficientemente la complejidad de algunas situaciones personales y sociales incluidas en el asunto concreto ", no solo en el terreno de los principios generales y teóricos, serían entonces imposiciones imprudentes; no corresponderían a lo "moralmente recto" en esa situación concreta. Por no decir que frecuentemente esas disposiciones o metas se diluyen en esfuerzos inútiles debido a la pretensión de alcanzar lo que en ese "asunto concreto" resulta moralmente imposible de obtener. El esfuerzo inútil, perseguidor de la meta inalcanzable, conduce a la frustración "culpable"; ésta engendra la depresión morbosa y luego (no muy luego) la reacción agresiva en la dirección contraria a la que la meta u objetivo imposible pretendía orientar la existencia. La flecha que aspiraba a hender una estrella termina clavándose en un pantano.

¿Quién se molestaría con el cojo que no puede acompañarnos en una larga caminata?

Hay personas -¿excepcionales?- que en el terreno del juicio y de la voluntad pueden ver y alcanzar la cima del monte, el punto más alto de la copa frondosa del árbol de la vida; pero hay otros mortales -¿la mayoría?- que no somos capaces de captar toda la luz, ni de trepar hasta las cumbres más altas. ¿Somos, acaso, responsables de nuestra visión limitada, de la fragilidad de nuestras energías vitales, fragilidad que no elegimos? ¿Quién se atrevería a reprochar al débil visual porque no puede leer las letras más sutiles? ¿Quién se molestaría con el cojo que no puede acompañarnos en una ardua caminata? ¿Y qué decir si a la dificultad intrínseca del cuerpo personal, del único e irrepetible, se añade la densidad de una noche oscura o el manto realmente impenetrable de la niebla y el hielo que torna resbaladizo el sendero que tenemos por delante, sin encrucijadas ni rodeos posibles en el entorno?

El que es Amor y así -¡tan frágiles!- nos hizo, Aquel de cuyas manos salimos arcillosos, de cuyo corazón abierto dependemos, ¿ Podría exigirnos que llegáramos al tope de la montaña y de la cumbre frondosa ? ¿ No es ya proporcionada exigencia de la Bondad infinita, en armonía con Su Ser y Su Existir en la Luz inaccesible, que iniciemos el ascenso hasta dónde nuestras fuerzas lo permitan, que no nos instalemos en un grado tal de pereza espiritual que terminemos por ser arrastrados facilonamente hacia la hondura imantada de los abismos insondables del Maligno?

*No me exijan, no que sea el héroe
cumplidor de las depuradísimas normas éticas
elaboradas por los que no quieren tomar en serio
la arcilla, el pozo, la noche y los destierros,
sin tener en cuenta que su menospreciado peso
también gravita en ellos:
todos somos piezas de un mismo tablero.*

*Vivir en el esfuerzo inútil
equivaldría a violentar las dimensiones del arroyo
y pretender que sus aguas no discurran cantarina-
mente,
sino que sean hondas solemnes, como en el mar in-
menso.*

*¿ Quién se atrevería a exigir a un humilde cocuyo
que destelle como el sol o como el rayo
y que exorcice lo oscuro ?
Su lucecita pequeña, tintineante y apenas perceptible,
existe tan solo para aliviar la noche
y enriquecer los juegos de los niños.*

*No me induzcan tampoco a pensar en desajustes y
frustraciones*

*porque no quiero continuar la metamorfosis imposible.
Soy un hombre de barro, nervio y carne; no soy ángel.
¡libreme Dios de pretender ese imposible dañino!
No es frustración ni desajuste que la sardina plateada
nunca llegue a ser un pargo rojo;
que no alcance al girasol el pequeño romerillo;
que el delicado zunzún se empine solamente
hasta la altura de las flores perfumadas
y no compita con el águila, sobrevolando montañas.*

*Arcilla y pozo profundo,
sardina y juguetón cocuyo,
florecita y frágil junco,
agua del arroyo y charco turbio,
ahí nos encontramos:
los que elaboraron las normas imposibles
(inspirados por algún diablo malo
que quiere destruir a los humanos)
y los que resisten a su empuje;
hojas estremecidas, sumergidas en la niebla,
que buscamos en silencio desenredar la madeja
viviendo a media luz, entre sutiles susurros y
murmullos,
a veces ininteligibles, desarticulados, oscuros,
agolpados en tumulto
pero custodiados por el Espíritu y los ángeles genuinos.
Ellos también desean lo mismo:
que caigan por tierra las máscaras,
que los disfraces se hagan jirones
y se abran las compuertas del viento
para que puedan emprender el vuelo
las palomas de alas rotas
y las insasibles mariposas.*

*(Tercera sección de "Trilogía de la libertad acosada
en la penumbra y el silencio", 22 de agosto de 1990)*